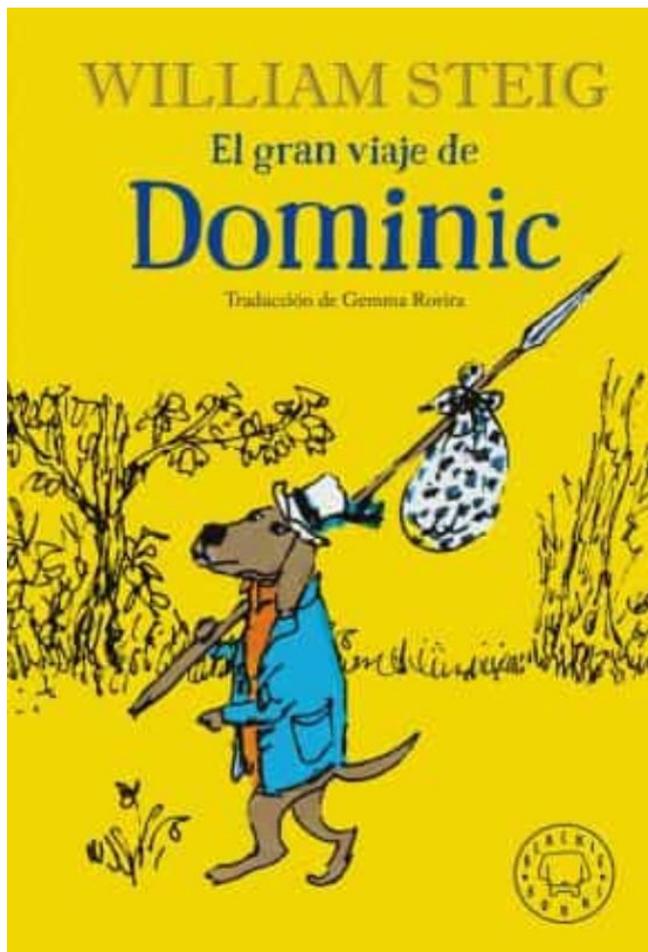


DOMINIC, DE WILLIAM STEIG: EL CAMINO DE LA AVENTURA

Steig, W., (2021). *El gran viaje de Dominic*. Traductor: Rovira Gemma, Blackie Books, 167 pp



Se reedita en España, cuatro décadas después de su primera aparición, una de las novelas más afamadas del ilustrador estadounidense William Steig. Lo hace, dentro de la meritoria labor de recuperación de su trabajo en estos últimos años, con una novedad en el título. Esta es una característica muy extendida en las labores de traducción, que responde a principios comerciales y artísticos orientados a atraer la atención hacia la obra. En el cine esta estrategia ha sido moneda de uso común y cuenta con casos celebrados, como el día en que *The Searchers*, de John Ford, pasó a convertirse en *Centauros del desierto* para los espectadores españoles. En el caso de la

novela de Steig, el título original, *Dominic*, se ha expandido, dando lugar a *El gran viaje de Dominic*. Lo llamativo de este cambio, que renuncia a traducir el particular nombre del héroe (los nombres de los animales que aparecen en esta novela son importantes, pues todos, salvo su protagonista, vienen

Reseña

acompañados de un apellido que remite habitualmente a otra especie animal, estableciendo un vínculo familiar entre ellos) es que sitúa la obra en la tradición de la literatura caballeresca, propensa a títulos más largos que son acortados más tarde por los lectores (el *Amadís*, el *Quijote...*) y que incide en el símbolo fundamental de este tipo de obras: el viaje, o como se dirá en la propia novela, “el camino de la aventura”.

En efecto, Steig arma su obra conforme a los principios de la novela de aventuras medieval, donde el héroe es un joven puro (en este caso, un perro llamado Dominico, de un año y medio de edad) que, tras la superación de pruebas, encontrará al final del libro el amor de una dama. Esas pruebas se ensartan conforme un principio de necesidad en el que interviene el carácter emprendedor del héroe y un destino fijado por la magia (al comienzo de la novela, una caimana hechicera anuncia al inquieto y aventurero perro Dominico –*Dominico* significa ‘Señor’ e incorpora la dimensión festiva del día de asueto-) que el rumbo de su vida está determinado y que debe optar entre la senda de la cotidianidad y la senda de la aventura. Dominico optará sin dudar por la senda de la aventura, pero en ningún momento quiere conocer su destino pues necesita sentirse libre y recrearse en las sorpresas del mundo misterioso.

Esta dimensión misteriosa del mundo, con la que Dominico se siente encantado, como pez en el agua : “¡Qué maravilla es el mundo! ¡Qué perfecto!” (p.24), desvela la condición estética de esta novela: un hermetismo gozoso, un simbolismo alegre. Es hermética porque en ella se escenifica el enfrentamiento entre el bien (encarnado por Dominico y por la hermandad de animales que encuentra a su paso –hermandad que tendrá su episodio climático en el gran banquete de bodas de una pareja de jabalíes, donde se concentra buena parte del reino animal) y el mal, representado por los miembros de la banda de la Hecatombe (hurones, zorros, comadreja, lobos...), que atemoriza a los bondadosos. En un momento de la novela, hacia el final, el joven perro Dominico, para quien “el pensamiento y la acción no eran cosas separadas” (p. 25), formula el principio de armonía aprendido durante el viaje y que confirma su posición en la tierra (y, con ello, su identidad heroica y el sentido determinado de su vida, en que se encarna el conjunto de la hermandad animal): la felicidad consiste en combatir a los malvados y estar rodeado de gente buena. Una cosa necesita de la otra, forman un círculo.

Quizás lo más característico de Dominico, como héroe, es que su panoplia de virtudes convencionales (sed aventurera, excelentes modales, aversión a cualquier forma de maldad...) encuentra en el mundo

una prueba continua y festiva, un ejercicio de comunión plena con el entorno: “todo cuanto le sucedía en la vida era, de una forma o de otra, una prueba para su ingenio y sus aptitudes; y a él le gustaba demostrar su valía” (p. 18). Ahí reside su simbolismo alegre. De este modo, los encuentros con los diferentes animales que salen a su paso (el cerdo moribundo, el burro sabio y perezoso, la tortuga parsimoniosa, la oca familiar...) constituyen no solo lugar para las hazañas, sino oportunidades para mostrar una actitud abierta ante los acontecimientos y caracteres, un “amor a la libertad” (p.22). Dominico se deja guiar por la fortuna, como parte de su fe en la libertad, pero son las leyes de la necesidad (en las que interviene el sueño y la magia, aspectos muy presentes en las obras de Steig) las que explican el sentido final de la historia. No es casual que la comunidad de los árboles salga en su defensa y sancione la victoria definitiva sobre los miembros de la banda de la Hecatombe. Que incluso el mundo vegetal tome la palabra y disperse a los malvados es un ejemplo del pensamiento mágico que sostiene este tipo de fábulas: el final feliz es la consecuencia natural del acorde de un temperamento y su destino.

Algunos años después de *Dominic*, William Steig publicó otra novela de aventuras titulada *La isla de Abel*. Allí la aventura caballerescas deja su lugar a la forma de aventura característica de la novela griega, con su naufragio y separación de la amada. El protagonista, un ratón aristócrata, presumido y frívolo, es un héroe que vive al margen del mundo natural. Las pruebas que sufrirá en la isla a la que le ha arrastrado un desafortunado accidente constituirán para él un proceso de aprendizaje y comunión con cuanto lo rodea. En las obras de Steig primó siempre la idea de tender un puente hacia la libertad, el hogar y el amor. Ese puente se traza de forma mágica (el perro Dominico, el burro Silvestre), cómica (el monstruo Shrek), tenaz (Irene, la valiente)... Abel lo hace a partir de la prueba aventurera y el autoconocimiento. En un momento de desesperación, mira a una estrella a la que interroga sobre su futuro. “¿Qué haré?”. Y la estrella le responde: “vas a hacer lo que tengas que hacer”.

José Antonio ESCRIG APARICIO

Universidad de Zaragoza

jaescrig@unizar.es